

bres propios de personas tienen caracteres que los distinguen sustancialmente de los de las cosas, me he preguntado cómo sería posible, caso de ser mi opinión bien fundada, que no se la hubieran formado y que no la hubieran expuesto y sostenido en épocas pasadas muchos de los escritores que se han consagrado á la meditación y al estudio de las cosas humanas y de las cosas divinas, muchos de aquellos escritores cuyo espíritu analizador y cuya fina observación nos asombra á los que no sabemos mirar las cosas sino muy por encima.

Al mismo tiempo que me siento falto de autoridad para asentar magistral y rotundamente una doctrina sobre los nombres propios de personas, me declaro totalmente incapaz de dar con la causa del fenómeno que he creído descubrir.

Ojalá no falten individuos de luces y de ingenio y amigos de hacer observaciones y estudios sobre cosas nuevas y curiosas que traten el asunto que he propuesto y con que acaso he fastidiado á los lectores de esta Revista.

J. M. MARROQUIN

## El país de la poesía

(PARA LA "REVISTA DEL COLEGIO DEL ROSARIO")

En un país, fecundo á maravilla,  
 Bajo cielo de mágicos fulgores,  
 Era reina sencilla  
 De zagales y cándidos pastores  
 Una diosa hechicera,  
 Que vagaba del monte á la pradera,  
 Del carmen á las lomas,  
 Oyendo trinos, recogiendo flores  
 Y seguida por buitres y palomas.

Todo era allá sosiego,  
 Y ella bajo las frondas balbuía  
 Canciones de fugaz melancolía  
 Que aves y fuentes repetían luego;  
 A su voz, toda encanto y armonía,  
 Daban las nubes á los campos riego,  
 La mies brotaba, el árbol florecía  
 Y entre el jaral de la espesura brava  
 El tigre los oídos asomaba,  
 Y el pez, enamorado al tierno coro,  
 A flote en las espumas, relucía  
 Batiendo al aire las escamas de oro.

La bulliciosa linfa del torrente  
 Se destrenzaba en hilos espumantes,  
 Para peinar su frente;  
 Y en dichosos instantes,  
 Como líquido espejo refulgente,  
 Reflejaba su faz entre cambiantes;  
 O saliendo del cauce por las grietas  
 De viejos pedregones verdeantes,  
 Con la dulzura del rumor de un verso,  
 Le acariciaba el pie, venoso y terso,  
 Cual lindo mármol de azulinas vetas.

Para su frente el cámbulo llovía  
 Flores purpúreas en gentil derroche,  
 Fresco toldo de liana le tejía,  
 Y al són de la campestre melodía,  
 Al descender, dulcísima la noche,  
 En un tálamo de hojas se adormía....

Así corren los siglos, viene luego  
 Con la ciencia del hombre la codicia:  
 A los tajos del hacha se desquicia  
 El bosque centenario; y el enjambre  
 Abandona el panal, despavorido;

Deja el insecto el aromoso estambre,  
 Do néctar apuraba, adormecido,  
 Y en lugar de las ramas y del nido,  
 Cuelga sobre los campos el alambre,  
 Por donde cruza, despreciando al viento  
 Y burlando al oído  
 La soberana voz del pensamiento ;  
 Y allá donde la reja entró sin ruido,  
 Reluce al sol la fija paralela  
 Por do se lanza el leviatán de hierro  
 Que ruge y silba, que entre el humo vuela,  
 Que el mar se salta y que perfora el cerro....  
 Y al despertar con el fragor la diosa  
 Brilló en su rostro lágrima bravía  
 Y desplegó las alas, presurosa....  
 Desde entonces ; oh tierra ya no hermosa !  
 Huyó de ti la virgen poesía  
 Y en los aires su voz así clamaba :  
 “ En esta tierra del progreso esclava  
 No haré yo nunca la morada mía.”

Barcelona, Febrero de 1907.

ENRIQUE W. FERNANDEZ

## “ PAX ”

( DEL NATURAL )

- Dime, Jorge, ¿ya leíste la novela de Lorenzo?  
 —De Lorenzo y de Rivas.  
 —Buëno, como quiéras. ¿Ya leíste la novela *Pax*?  
 —Dos veces : la primera de corrida, para juzgar del conjunto ; la segunda, despacio, para hacerme cargo de los pormenores.  
 —Sr. D. Luis, Sr. D. Jorge, mucho gusto de verlos....  
 Hablaban ustedes....